

RUEGA POR NOSOTRAS

Por Sara González
García.

RELATORÍA sobre la pieza
CARMEN de Colectivo La Cofradía

Relatorías Danza en Breve
2026, LAV-C

“Ruega por nosotras”.

Por Sara González García.

La frase aparece desde el inicio de la pieza como una insistencia que no termina de decidir si es oración, coreografía o un recuerdo colectivo activándose sin previo aviso. En el escenario de la Sala de Cámara del Teatro Leal de La Laguna, siete mujeres de distintas edades sostienen ese enunciado mientras los cuerpos repiten un mismo patrón de manos, sincronizado, casi mecánico en su precisión. Hay algo extrañamente familiar en el gesto. No necesariamente porque una rece, o haya rezado, sino porque ciertos movimientos sobreviven al cuerpo individual. Permanecen en algún lugar difícil de localizar, entre la memoria cultural, el aprendizaje heredado y esa extraña capacidad del cuerpo para recordar cosas que la cabeza juraría haber olvidado. La repetición no abre significado, lo erosiona. Y en esa erosión la frase deja de pertenecer del todo al ámbito religioso para convertirse en ritmo, en soporte, en una especie de infraestructura afectiva mínima.

CARMEN, pieza performativa interdisciplinar producida por Paula Quintana y Héctor Gardez, trabaja desde la figura de la Virgen del Carmen no como icono cerrado ni como representación folclórica, sino como superficie inestable desde la que pensar la fe, el milagro y aquello que permanece sumergido sin llegar a formularse del todo. La propuesta no parece interesada en explicar esa tradición, sino en tensarla, en llevarla a un presente donde lo sagrado ya no funciona como sistema estable sino como resto, como residuo que insiste incluso cuando ya no se cree de la misma manera.

Tras la invocación inicial, la escena se desplaza hacia una acumulación de imágenes que no buscan narración sino saturación, una bomba, el desfile del 12 de octubre, figuras robóticas vinculadas a inteligencia artificial, música de discoteca. Todo convive en un mismo plano sin jerarquía aparente, como si la pieza tradujera en escena una forma contemporánea de percepción fragmentada donde lo bélico, lo institucional, lo tecnológico y lo festivo comparten superficie sin demasiada fricción visible. Entre ese flujo aparecen frases pequeñas, que desajustan el registro, “por mi copa de vino del Bierzo”, “por los besos que les doy”. Ahí la oración se contamina de vida mínima, de gestos que no aspiran a trascendencia pero que, sin embargo, parecen sostener algo más frágil.o pide nada. Solo insiste.

El corte hacia la oscuridad cambia el régimen del espacio. Aparece una escalera, una cubeta con agua y un sonido de mar que se prolonga durante minutos hasta dejar de funcionar como ambiente y convertirse en presencia. El mar no acompaña la escena, la ocupa. Y en esa ocupación aparece una sensación difícil de nombrar, algo entre la incomodidad y la atención forzada, como si el sonido obligara al cuerpo a permanecer en un estado que no puede resolverse del todo. En Canarias este tipo de escucha tiene una resonancia particular, porque el mar no es nunca únicamente paisaje, sino algo que insiste, que rodea, que a veces pesa más de lo que acompaña.

Las redes comienzan entonces a atravesar los cuerpos. No es sencillo fijar un único sentido para esa imagen, pueden ser redes de pesca, estructuras de captura, dispositivos de sostén o incluso formas contemporáneas de interdependencia. Lo que se impone no es la lectura sino el efecto progresivo de restricción, una sensación de cuerpos que buscan salida sin encontrar todavía un punto claro donde hacer pie. La angustia que aparece no es espectacular ni dramática, sino sostenida, casi atmosférica, como algo que se queda.

Durante el coloquio posterior, Paula y Héctor explican que el proyecto, desarrollado durante meses entre Croacia y Barcelona y activado en su tramo final mediante un taller con participantes locales, se articula en torno a dos preguntas, por un lado, la fe y el milagro y por otro lado, la posibilidad de pensar la Virgen del Carmen como una figura de escucha para aquello que no llega desde tierra firme. La formulación se desplaza hacia la idea de una escucha de los monstruos interiores, de aquello que permanece sumergido sin encontrar forma estable. El taller, trabajaba desde la escritura y el cuerpo como herramientas para suspender la interpretación inmediata y permitir que algo apareciera antes de ser organizado conceptualmente.

En el tramo final, la luz comienza a oscilar y el espacio se reorganiza hacia una forma de recomposición ritual. Una sábana se convierte en manto, la Salve irrumpe, y los cuerpos empiezan a construir con redes una figura que remite a Carmen. No aparece como imagen estable ni como representación cerrada, sino como ensamblaje colectivo, precario, sostenido entre varias. Algo que no se impone, sino que se mantiene.

Y de pronto ocurre algo curioso, incluso quien no se reconoce particularmente creyente parece atravesada por una familiaridad difícil de negar. Porque el archivo religioso, sobre todo en contextos isleños, no vive únicamente en la fe; también vive en el cuerpo. Pensé, inevitablemente, en la embarcación de la Virgen del Carmen en el Puerto de la Cruz. No porque la pieza intente representarla, sino porque algo de esa emoción inexplicable parecía aparecer por debajo. Cada año ocurre algo extraño allí, personas que durante el resto del año no parecen particularmente devotas lloran viendo cómo la Virgen embarca. Y nunca he sabido del todo si ese llanto tiene que ver con la fe o con otra cosa. Quizá tiene que ver con dejar ir. Con ver alejarse algo querido hacia el agua,

aunque se sepa que volverá. Con depositar durante unas horas el miedo, la esperanza o el cansancio en algo externo que parezca capaz de sostenerlo. CARMEN parece rozar precisamente esa pregunta. ¿Qué hacemos con aquello que necesitamos para no hundirnos?

Al salir del Teatro Leal queda una sensación difícil de ordenar, como si el sonido del mar hubiera quedado un poco pegado al cuerpo. Y quizá ahí la pieza encuentra algo de su fuerza, no en decir qué es la fe, sino en mostrar cómo ciertas formas de cuidado, de invocación o de protección siguen operando incluso cuando ya no sabemos exactamente qué significan.

A veces, "ruega por nosotras" no pide nada. Solo insiste.